

PRÓLOGO

Me llamo Arturo, Arturo Betanzos. Nací en un pueblo de Cáceres de reputado nombre, Trujillo, cuna de conquistadores y gente de armas, en el seno de una familia acomodada venida a menos por la prematura muerte de mi padre, veterinario de profesión, cuando yo contaba apenas dos añitos. No recuerdo nada de él, tan solo sé de mi progenitor por las historias que mi madre me contaba y por el enorme óleo de su persona que presidía el salón de mi hogar, justo encima de la chimenea. Un hombre grande, con barba y con semblante bonachón.

Recién cumplido los diez años, el Altísimo llamó también a mi santa madre, quedándome huérfano con mis dos hermanas mayores y una tía, que ya vivía con nosotros, al faltarle el marido caído gloriosamente en Filipinas. Mi tío, había sido oficial de la Infantería de Marina y también lo conocí solo por otro retrato, este más menudo, en el que aparecía con el uniforme de gala, altivo, con un gran mostacho y con la mano izquierda apoyada en la empuñadura de su sable.

De modo que, entre la imagen bonancible y un tanto insulsa de mi padre, que me perdone si lee estas líneas desde la Gloria, y la figura orgullosa y castrense de mi tío, sentí más inclinación por la milicia que por ayudar a partos de vacas y yeguas.

Aún no sé bien el porqué de escribir mi historia. No es una historia anodina ni mucho menos pero inmersa en la gran realidad de aquellos años y en todo lo que aconteció, no es un relato excepcional. Años de ideales, sudor, sangre y muerte, y amor, y pasión y...en fin, nada que no toque los extremos del alma humana.

Visto desde la distancia del tiempo, y una vez obviados los sufrimientos que pasé, mi vida se me antoja una comedia simpática e ingenua, digna de representarse cual sainete, si no fuera, como digo, por el dolor que sufrí y que aún hoy, vuelve como un fiel amigo a darme compañía en las noches de invierno.

Todavía me despierto sobresaltado, cuando mis sueños me llevan a vagar entre los escombros de Monte Arruit. Tiemblo de pánico cuando vienen a mi mente las imágenes de los acemileros recogiendo los cadáveres desmembrados de soldados en las zanjas de Nador, en el blocao de la muerte, en Zeluán, en las esponjas del Gurugú y en tantos otros lugares, donde la joven sangre española se regó con generosidad en los áridos montes de África.

No hay lugar para la calma cuando se ha mirado a la muerte a los ojos, cuando se ha matado tanto y tan de cerca que puedes recordar los rostros de las vidas que has sesgado. Cuando has perdido a tantos hombres buenos, que ni los ideales más sólidos pueden dar justificación a la barbarie.

No hay paz para el soldado tras la guerra. Solo existe para aquellos que han matado de lejos, desde el despacho o desde el puesto de mando en retaguardia, solo para aquel que da órdenes desde los mapas tácticos, sin poner cara a los hombres que mandan a la muerte.

Procuraré ir desgranando los hechos que me tocaron vivir sin que el agrio del recuerdo empañe en exceso la historia. Intentaré contar, cómo se produjo en mí la transformación que me ha llevado, con los años, a relativizar las cosas y a no clasificar en blancos y negros cualesquiera de los aspectos de la condición humana.

Y también rendiré homenaje a un grupo de hombres, a una hermandad de guerreros, que supusieron un punto de inflexión en la historia militar española moderna y que dieron, con generosidad extrema, lo mejor de ellos mismos en pos de unos ideales, en los que, equivocados o no, creyeron hasta el final.

CAPITULO 1

TOLEDO
JUNIO DE 1920

En aquellos felices días de mi juventud, y con tan solo diecinueve años, es muy difícil que ningún ser sobre la tierra se encontrara más a gusto consigo mismo que yo.

Mi uniforme impoluto y mi estrella de seis puntas en la bocamanga, hacían que me pasease por la ciudad imperial como un cisne en un lago de patos. Acababa de graduarme en la Academia de Infantería, mi sueño de la infancia y no imaginaba una vida más plena que la mía ni horizontes más prometedores que los que se me abrían en el futuro cercano.

No había sacado mal número y tan solo Suanzes, compañero y amigo, había logrado arrebatarme el puesto más alto de la promoción, y es que Carlitos, además de ser un gran soldado, tenía un padrino de altos vuelos, nada menos que alguien cercano al Palacio de Oriente.

Toledo, en los albores ya del verano, estaba radiante y una vez el curso acabado, decidí quedarme unos días en la ciudad a la espera de destino y sin nada más que hacer que rondar a las mozas casaderas de la villa, salir con los compañeros y disfrutar del relax merecido después de un curso duro y exigente como pocos.